

tes y el recelo de los grandes y el odio de los reyes.

Y en una estrellada noche oriental, serena y helada, se prepara el rocío que cubre con su aljófara incandescente valles y montañas.

* * *

Bien estaría poetizar; pero más vale profundizar, «entender la fuerza de este misterio», como diría el gran doctor y poeta San Gregorio Nacianceno, y ya que nuestros villancicos y Nacimientos todos se deshacen en bellos lirismos, entremos también en el ambiente de la liturgia navideña, lírica también y bella, mas no por eso insustancial. Lírica y bella era el Oficio de los Locos medieval, compuesto por Pedro de Corbeil y celebrado en la Catedral de Sens. Ingenuos y encantadores eran aquellos melodramas de los Pastores y de los Reyes que dieron comienzos al moderno teatro occidental, esos Autos sacramentales deliciosos, que nos hechizan por su gracia campera y nos saturan por la densidad de su médula doctrinal.

Nuestros padres eran teólogos natos; nosotros, superficiales aficionados.

* * *

Pues para no seguir la corriente y lo vulgar, vayamos al surtidor de la liturgia, a bañarnos en sus plácidas claridades; vayamos a esa poliliturgia navideña, a esos opulentos Oficios, a esas tres Misas que van desplegando el gran misterio como en vistoso tríptico flamenco.

En la Misa de medianoche habla primero el Eterno Padre acariciando a su Hijo co-eterno, como El, pero hecho temporal, como nosotros: «Tú eres mi Hijo. Y te engendro hoy». Porque para el que no se mide por el tiempo, siendo el Creador del sol, todo el tiempo es un *ex eo perenne*, el un Hoy siem-

pre actual. Por algo se le llama y el Acto puro.

Y luego el «magnifico predicador», el incomparable San Pablo, subido en el ambón, es el vocero del Gran Rey: «Ha aparecido ya la benignidad y la humanidad de nuestro Dios Salvador, enseñándonos... ¿Qué? Copiarle, haciéndonos dioses con El por gracia, a fin de gozar en El en la gloria».

Luego su discípulo San Lucas sitúa al nacido Mesías en el momento histórico cenital de la historia del mundo. Dos vertientes: la época ante Christum, la época post Christum, y en el centro de los tiempos El, el árbitro supremo de los tiempos y su centro mismo.

Y ya dentro de los divinos misterios que nos envuelven en las cálidas refulgencias de su luz soberana, el saboreo de esos sacrosanta commercia, ese mutua darse del que se hace cabeza de la humanidad y de sus místicos miembros.

Es una noche que pide Comunión. Viene como pan en Belén, a la casa del Pan; y el pan es para comerse, para que lo comamos: Nobis datus, nobis natus ex intacta Virgine. Ella es la primera en ofrendarlo a los hombres, a darles ese Dios hecho «como uno de nosotros».

* * *

Aparece el Sol invicto con su aurora. Y entonces la reiteración del Divino Misterio, del lucis mysterium, la Misa de la aurora, la segunda misa de este magno día en los fastos de la humanidad, pues cuenta ya entre sus conciudadanos y hermanos a todo un Hombre-Dios.

Es nuestro hermano mayor, mas para compartir con nosotros su mayorazgo, ahora la gracia, algún día la gloria, el Reino, la vida eterna, nuestra ya «según la esperanza», la esperanza que no defrauda.

Y lo que es divino, quod divinum est se